

## EL EMIGRANTE AIRÓ

Después de una tempestad todos miran al sol.

La gente dice: "¡Oh Dios!, gracias por el sol.

El sol dice: Dios mío, gracias por la tempestad.

En Bandú el horizonte es firme. Su línea no es la fusión de agua y cielo que al perderse forman un color indefinido. Es una raya que impone respeto. Define la presencia de exuberante naturaleza; los árboles no se borran con la distancia: el horizonte es verde.

Bandú está en la orilla del río.

Sus aguas briosas, como desbordadas de ignorados océanos donde hierven vida, moldean,

acarician, impregnan, tiñen el borde de la tierra de color carne morena.

Es un río tan ancho, que en el ocaso, al sur de Bandú, el horizonte pierde totalmente el color verde esperanza. Entonces las aguas vivas descansan y con su profundo respirar pintan y despintan de escarcha las orillas.

Airó pintaba a Gaima.

Gaima miraba el sol.

El sol se pone por donde se asoma el caudal. En la mitad de su entrega, el espejo del río refleja la imagen completa. La luz del ocaso se abandona en la corriente del río.

Airó, hiciste mi cara.

Pinté a Bandú, Gaima, tú también eres bandú.

Las estrellas de la noche dibujan el río, el agua refresca el aire. El calor de dos soles incubaba la savia.

El cauce camina de Oeste a Este. El sol sale por donde se pierde el caudal que arrastra casi todas las aguas del río. Después de mirar las estrellas, el agua espejo se queda y refleja la primera luz de la aurora. En la mitad de su asomo, el sol ya luce completo y el río se hace a su imagen.

En el día, el agua espejo arrastra el reflejo del sol por encima de casi todas las aguas del río.

Gaima; me entregaste oro, brilla.

No todo lo que brilla es sol, Airó.

El trozo de oro brillaba en el espejo del vidrio. Por los dos huecos en forma de óvalo, los ojos recibían luz. Tras la sombra de la máscara se escondía el rostro. Airó voló.

Como aquel jinete que soldaba fronteras bajo un mismo sol, volaba en un caballo blanco que rugía.

Unidos entre sí los horizontes formaron un círculo de color verde esperanza. En las alturas, de oriente a occidente, la trayectoria del astro rey abarcaba un mundo nuevo.

El Este y el Oeste se acercaron.

Tras un último rugido aterrizó.

Delante, un horizonte. El sol se ponía.

Con profundo respirar el río pintaba y despintaba de escarcha las orillas.

Airó, ¿sembraste?

A medias; vengo por más semilla, Gaima.

¿Oro?  
No, sol. La mitad se la llevó el río.  
En Bandú existe una raza que camina con el sol por encima de la corriente del río.  
Airó pintaba a Calma.  
Gaima miraba al cielo.

*El color de los pasos que hacemos*

©Juan Mallol Pibernat  
ISBN 84-400-7042-X